

## ESTE DIARIO

se publica en la

## IMPRENTA TIPOGRÁFICA A VAPOR

Calle de las Américas, número 81.

Cada día se publica a las 10 y 12.

—1014—

Gerente, D. ADOLFO VALLANET.



## SUSCRICION

PAGADERA ADELANTADA:

Por mes . . . . . \$ 2.00 moneda nacional.  
Por 6 meses . . . . . 10.00 "  
Por un año . . . . . 20.00 "

El número suelto a 10 centavos de real.

Redactor principal: Dr. D. José P. Ramírez.

Las solicitudes de inserción de avisos, en conformidad con lo que determina la administración de no admitir escritos que por su naturaleza no puedan publicarse sin formalidad.  
Pagará el precio acordado por columna.

## SECCION OFICIAL

Contaduría General del Estado.

Excmo. Sr.

Elvado a manos de V. E. el balance de entradas y salidas que ha tenido la Tesorería General desde el día 1.º de Mayo hasta el 29 de Abril último.

Como V. E. lo notará, la caja ha recibido en todo el mes quinceabado de concurrencia la suma de pesos *dieciséis mil y noventa y tres* y *ochenta y tres* centavos, quedando una existencia para el presente de *seis mil y noventa y tres* pesos con 43 centavos.

En su virtud y si V. E. lo tuviese a bien, podría prestarse su superior aprobación.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Montevideo, Mayo 3 de 1865.

TOMAS VILLALBA.

Excmo. Sr. Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda Don Juan R. Gomez.

Ministerio de Hacienda.

Montevideo, Mayo 3 de 1865.

Publíquese y devuélvase.

GOMEZ.

Balance dado a la Tesorería General desde el 1.º

al 29 de Abril de 1865.

ABRIL CARGO.

1.º—A Existencia de Marzo . . . . . \$ 26,113.19

2.º—A Rontada Aduana . . . . . 127,214.62

A Banco Monté y C. . . . . 81,500.

A Hacienda transaccional . . . . . 686.24

A Fintura . . . . . 815.95

Descuentos de anticipos militares . . . . . 58.

\$ 239,718.00

ABRIL DATA.

29—Por listas civiles a . . . . . 21,931.56

Por dem. militares a . . . . . 32,755.23

Por suplementarios de Hacienda . . . . . 350.

Por idem de Gobierno . . . . . 210.

Por subvención a Departamentos . . . . . 23,856.55

Por gastos de imprentas . . . . . 838.

Por refacción de cuarteles . . . . . 253.10

Por rancho y vestuarios . . . . . 6,294.97

Por Banco Monté y C. en c. . . . . 87,074.15

Por descuentos de letras . . . . . 5,203.23

Por composuras y refacciones . . . . . 1,006.

Por gastos eventuales . . . . . 965.88

Parolas . . . . . 248.

Leislatura: Secretaría de la Cámara . . . . . 3,343.91

Calto . . . . . 500.

Equipo y Menaje . . . . . 1,747.20

Gastos en la Casa de Gobierno . . . . . 130.

Aquiler de casas . . . . . 298.

Extraordinario de Diplomacia . . . . . 2,060.

Buenas cuentas militares . . . . . 455.74

Extraordinarios de Pacificación . . . . . 40,928.05

\$ 233,502.57

Existencia para Mayo \$ 6,215.42

\$ 239,718.00

S. E. O.

Montevideo, Mayo 2 de 1865.

Ramon Batista.

V.º B.º—TOMAS VILLALBA.

## INTERIOR

## Reinstalación de la Sociedad

de Beneficencia Pública de Señoras.

Tuvo lugar el Domingo a las dos de la tarde la reinstalación de la Sociedad de Beneficencia, convocada para ese acto por el Sr. Presidente de la Comisión Extraordinaria Administrativa Don Agustín de Castro, asistiendo a la sesión las Sras. Da. María Eusebia Vidal y Zabala de Páez, Da. Joaquina de Tomkinson, Da. Rosalía A. de Ferrera, D. Agueda S. de Rodríguez, Da. Carolina A. de Zúmaran, Da. Pascuala C. de Lecoe, Da. Fortunata A. de Goyland, Da. Laura M. de Castro, Da. Gregoria G. de Oliveira y Da. Juana Silva de Vidal; faltando la Sra. Da. María G. de Flores por estar ausente y la Sra. Da. María Antonia A. de Hoquard por indisposición.

La digna Comisión va de nuevo a consagrarse con su abnegación al bien público, con el mismo anhelo que en otra época, en que se hizo acreedora a la gratitud del pueblo y a la bendición del Infierno y del desvalido, que amparó bajo su protección.

Esas respetables matronas van por segunda vez a cumplir con el precepto inscripto en el libro santo, prescindiendo de sus caritativos sentimientos.

Quiera Dios que ellas logren infundir en los corazones de sus protegidos, los nobles y generosos sentimientos de sus piadosas almas.

Ellas están animadas del mejor deseo y llevan para el cumplimiento de la noble misión que se han consagrado, la fe y el ardor, propias de las

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.

—Hicé aquí lo que ha de influir en su destino, en el de tu esposa y el tuyo; dijo Djeonar, mostrando el libro azul que ocultaba bajo su alquile, y sentándose a los pies del wisir y de Noemi, junto a la cama donde dormía la niña.

Todos guardaron silencio. Djeonar abrió el libro y empezó a leer. Nada había en su relato que hiciese referencia al horóscopo. Lo que Djeonar relataba era la historia de los amores de un rey nazaréno con una judía.

Y a pesar de esto, apenas empezó la lectura, Aben-Sal-Chem, Noemi y Betsabé, sintieron que sus miembros se enlanguidecían; que pesaban sus párpados, y menguaban sus fuerzas: un sopor profundo como la muerte, cerró sus ojos, y dejaron caer inertes las cabezas sobre los pechos.

Djeonar, sin dejar de leer, extendió sobre el pavimento su alquile, arrojó a él a Aben-Sal-Chem, a Noemi, a Betsabé y la niña; sentose junto a ellos y prosiguió su lectura. El alquile se elevó lentamente; saltó a través de la cúpula del retrete y se lanzó en el espacio dirigiéndose al Mogreb.

Djeonar seguía leyendo; los cuatro seres puestos por él sobre el alquile, dormían profundamente, y eran conducidos a través de la inmensidad por una rápida maravillosa; Djeonar veía pasar bajo sus plantas las nubes, y a través de ellas, las montañas, los campos, los ríos, los lajos y los mares. Al fin cuando la noche empezó a ensombrecerse en el espacio, el alquile descendió sobre una ciudad musulmana, y se detuvo en el terrado de una de sus casas.

Djeonar, aunque con dificultad, leía aun en el libro misterioso; pero la luna llena había seguido a la del crepúsculo; las estrellas reverberaban en los cielos; cual claves de diamante, en una inmensa bóveda de zafiro.

La ciudad a que había arribado el alquile, era Carban; desde el terrado, donde se posaba, se veían las altas y estrechas calles, perdidas en una penumbra que cortaba con su luz blanca y fría; la luna, a lo lejos, sobre una altura, velado por las brumas de la noche, se veía un recinto torreado. Era el alcázar del wali.







